

NURIA AMAT

EL SANATORIO

EDLibros

Solo la literatura puede proporcionar esa sensación de contacto con otra mente humana, con la integralidad de esa mente, con sus debilidades y sus grandezas, sus limitaciones, sus miserias, sus obsesiones, sus creencias: con todo cuanto le emociona, interesa, excita o repugna.

Solo la literatura permite entrar en contacto con el espíritu de un muerto, de manera más directa, más completa y más profunda que lo haría la conversación con un amigo, pues por profunda, por duradera que sea una amistad, uno nunca se entrega en una conversación tan completamente como lo hace frente a una hoja en blanco, dirigiéndose a un destinatario desconocido.

MICHEL HOUELLEBECQ

Si no quieres estar en política, en el ágora pública, y prefieres quedarte en tu vida privada, luego no te quejes si los bandidos te gobiernan.

ARISTÓTELES

Vivo en un país enfermo y su decorado apunta que me tocará envejecer aquí y de ningún modo en la cafetería del World Trade Center de Nueva York, como eventualmente sería mi deseo, ni jugaré tampoco con la posibilidad de dejar mi cuerpo al cuidado de un gimnasio para jubilados en las playas de Florida, idea que por otro lado me repugna, sino en este Sanatorio ancho como un reino donde sus residentes, me refiero a millones de ellos, deambulan hostigando a todas horas el aire viciado del entorno.

El escenario en el que me encuentro, lejos de ser aquel hermoso y apacible territorio de origen, ha terminado por convertirse en reducto artificial, monotemático, seriado y sometido a un eslogan teledirigido desde las alturas, día y noche, por cometas patrióticos.

Algo se mueve por debajo, decimos los callados, con tal de protestar contra la imposición autoritaria del nuevo tribunal inquisidor que nos acusa. Hambrientos de libertad y constancia, votamos por una pronta e inútil salida de este hospital de muerte sabedores de que el presidente y sus cómplices pretenden dejarnos acorralados en esta balsa a la deriva eternamente.

Los callados, sometidos a nueva identidad del virus transmitido, conocemos muy bien el hundimiento que

nos espera de seguir aquí, tal vez para siempre, porque una nube de intereses corruptos del estamento superior del Sanatorio, ahora llamado ESTADO, nos impide distinguir lo diferente de lo desquiciado; lo real de lo imposible; lo entero de lo fragmentado.

La ofuscación-deslumbramiento que padecemos, pues se trata de una misma clase de ceguera, no deja de atormentarme tanto más porque su germen y seguimiento proviene de una masa indeterminada, en agitación constante, responsable del virus de delirio mental como de la infección generalizada que sumirá a este Sanatorio en el aislamiento más profundo durante años. Muerte en vida es la que padecemos, propia de toda tendencia masiva instituida contra la humanidad pensante.

Los callados, como en los tiempos más oscuros de la Historia, somos enemigos de la masa.

La masa se consolida en un bloque unitario que impide cualquier transgresión. La masa juega con poseer la verdad única a su favor gracias a haber sido cocinada durante años a partir de un compuesto de artimañas, sobresaltos, fraudes y fingimientos miles. La masa no oye ni ve lo que no quiere ver ni oír. Lo privativo de la masa consiste en inventarse un enemigo específico y devastador. Por tanto: ficticio. Falseado. Solo esencial para dar fundamento a la masa.

La masa es el infierno del poder. El puño del dictador. El loco de la razón pura.

Por todo lo cual, me permitiré desde ahora mismo ir apuntando mi percepción silente de la realidad en este encierro en el que he sido abocada, ya que estaba allí, era mío y no tenía otra elección siendo yo misma una más de los residentes silenciosos metidos todos sin darnos apenas

cuenta en este Sanatorio de muerte, tan astuta y lentamente construido desde hace ya más de cuarenta años.

Yo misma debo de estar enferma de densidad porque repito la palabra «todos» sin nada que lo justifique como si los residentes fuéramos una familia inseparable cuando por el contrario estamos, mal que nos pese, divididos, por obra de su presidente y adeptos, en dos grupos contrarios a fin de que quienes alientan el virus separador logren sus objetivos de excluírnos definitivamente.

Yo misma debo de estar enferma de inquietud dada mi urgencia en atacar toda demagogia e imposición populista, y decir lo que pienso, escribir lo que pienso, cantar lo que pienso y cuando lo considero necesario, gritar a voces lo que pienso. Algo realmente insólito aquí donde la voz del amo es el credo de religión dominante en este Sanatorio manipulado por un estamento superior, bajo el cual, por razones de sus normativas patrióticas, los súbditos del presidente en cuestión deben manifestarse en masa y vociferar en masa y desfilar como los que más en masa, mientras el individuo pensante ha dejado de existir salvo si pertenece al bando de los callados, insumisos por tanto al régimen chapucero y, por demás, marginados. De lo que se comprende el esfuerzo de algunos de los callados por mantener en alto la verdad, elevar en lo posible la voz legítima y parodiar a esos títeres del fanatismo mental.

Al ser considerada mi voz particular, la mía propia, un extravío de la razón, soy calificada por ello como voz discordante y enemiga del pueblo. Así que, como dice mi amigo Jan, la mejor manera de resistir en este hospital de muerte es enmudecer y aguantarse.

Tampoco nos importa demasiado ser los callados del Sanatorio. Y también los arrinconados del Sanatorio. Y aun siendo nosotros, los no contagiados por el virus, reclusos entre la masa de infectados, los charlatanes del sistema prefieren ignorar que existimos. Así que vivimos abrumados en nuestros propios vómitos y, como es de esperar, callados a medias, que es el modo más efectivo de resistir al opositor e ir alcanzando algunas de las metas propuestas. Entre ellas, damos al hecho de pensar por nosotros mismos un valor asombroso. La soledad no la podemos evitar. Es nuestra piel de estatuas. Pero llegamos a comunicarnos de modo subterráneo, debo admitirlo, y bastante eficaz para lo que pretendemos. Ganarlos, tal vez. Destruir el Sanatorio mortífero. Quién sabe.

Jan, el jurista, es uno de los mejores atletas del pensar en contra del espantajo político y social que soportamos a diario. Mucho tiempo antes de ser prisioneros de la plaga nacionalista impuesta por arte de birlibirloque, Jan anunció que los verdaderos enfermos eran ellos, los dirigentes de la masa, definidos por sus delirios de grandeza, personalidad lunática y poder de decisión manipuladora sobre miles o millones de personas, obedientes a la Causa, con la excepción de los otros, los nuestros, los callados, los adversarios al profeta prometido que dicen vendrá a salvarnos de la patria por ellos secuestrada y, al peor estilo Ulises, nos conducirá a su tramposa Ítaca prometida.

Fue Jan el primero en difundir su teoría sobre la masa-nuestra-infame que nos gobierna. La masa, dijo, necesita una dirección que la conduzca al precipicio. La masa está en movimiento y se mueve hacia algo. ¿Hacia dónde?

Al despeñadero de la inanición, lo más seguro, de hacer caso al efecto masa y poder y las estrategias de control mediante las cuales gobernantes y líderes políticos pueden dirigir a la concurrencia. Y para que la masa prevalezca es fundamental la presencia de una meta común, llamada sentimiento irracional, que se sitúe por encima de las metas individuales de los integrantes.

¿Cuál? Jan dijo que no podía contestar a ciencia cierta. Que ni los separadores del Sanatorio saben lo que realmente quieren aunque consigan maniobrar con precisión emotiva extrema a sus partidarios recién improvisados. Una serie de gregarios imitadores convertidos a la Causa en un tiempo récord. Inaudito, a decir verdad. Y al mismo tiempo, fácil de entender puesto que el imitador, a pesar suyo, justifica la devoción al credo de los dirigentes en un sentimiento de amor a la patria, de por sí, viciada y corrompida.

Como se trata de un sentimiento patriótico, diabólica espina nacional, lo más seguro es que sea la meta del desastre, pues el sentimiento separador dictado por ese loco mesiánico que ha tomado el poder a golpe de ordeno y mando, actúa como elemento de cohesión de la masa siempre y cuando sea una dirección común e inalcanzada.

¿Cómo es posible que una parte importante de enfermos inoculados por el virus patrio puedan ignorar hasta qué grado se encuentran engañados por la masa y sus dirigentes?

Esta pregunta quedó de momento sin respuesta.

Con esto quiero decir también que no todos los enfermos, pasivos o activos, dependiendo del efecto del virus separador, somos iguales. Es cierto y comprobado. Pues lo que pareció empezar como jugarreta de unos descerebra-

dos y su corte de chupadores del régimen ha logrado dividir el Sanatorio en dos bandos contrapuestos. El de uniformados charlatanes que, dada su devoción a desfilar con botas, música y banderas más parecen batallón de ejércitos de liberación nacional que personas en sus cabales y, de otra parte, el bando de los callados, de pensamiento abierto y múltiple, como hemos continuado siendo durante siglos incluso ahora engullidos por la fiera nacionalista y resignados hasta cierto punto a sufrir los espantos de la bestia.

Lo más triste de la división de los residentes en dos frentes opuestos es haber conseguido borrar del mapa un territorio en el que daba alegría vivir hasta la llegada de la degradación de la plaga vírica de la que aquí, como verán, voy tomando nota con la paciencia de una confidente incómoda.

Hermoso lugar, disculpad la nostalgia, en el que cualquier ser ávido de cultura y libertad se desvivía por venir repetidamente o pasar temporadas más o menos largas en un intercambio firme de energías descubridoras y siempre renovadas amistades. Pero la masa, teledirigida con manipulación astuta, ha logrado lo que de momento buscaba. Cerrar puertas a otras visitas que no sean las propiamente turísticas, multitud más alegre, si cabe, pero también más ligera, ramplona y presa del circo urbano que los dirigentes nacionalistas mueven como artefactos de feria. De modo que, contagiados por el altar mayor, se ha visto a turistas extranjeros enarbolar algunas de las banderas concebidas por los zafios cabecillas assemblearios como quien empuña la camiseta de algún jugador famoso, pero, en

este caso, lo hacen sin tener remota idea del signo identitario que estaban ensalzando.

Como es propio de tribus arbitrarias, solo se acepta, en tanto que aire exterior, la llegada de extranjeros en grupo, es decir, controlados, uniformados, ordenados, y a los que se les permite pasear incesablemente en autobuses turísticos por todo el territorio desbordado por esos gigantes rodadores peligrosos que nos avasallan a diario. En el hotel de la muerte, visitantes llegados de no se sabe dónde pululan todo el tiempo como hormigas, con sus maletitas de ruedas arriba y abajo por las calles sin hacer otra cosa que moverse. Y resulta patético que nos hagan sentir igual a monos de zoológico, mientras observamos con mal humor los movimientos de los paseantes del mundo ajenos al cordón clausurado del Sanatorio, si bien, distraídos a ratos con la bufonada folklórica constante con la que los dirigentes pretenden captar adeptos a su Causa.

Y aquella cultura de antaño, que era agrado de la población mundial, ha desaparecido por completo para dejar en su lugar un páramo de parque de atracciones desvencijado y caduco.

Con todo, el espacio natural del Sanatorio sigue siendo hermoso, vacío de miras, sin alma, yermo de pensamiento, pero todavía atrayente pese a las agresiones de los sabuesos del presidente por dejar a su paso marcas de la Causa separadora y movimiento ideológico correspondiente, en ciudades, pueblos y paisajes. Por cada conversión de un no nacionalista a nacionalista se llega a pagar un precio en oro, en verdad histórico. Y es con el dinero de todos que aquí se compra a diario tanto a practicantes como a conversos.

Como auguro que me tocará envejecer y tal vez termi-

nar mi vida en este hospital de muerte, me permito detenerme un rato en su vista panorámica y su mar. Su mar, lo que más echaré de menos cuando deba irme definitivamente.

El clima es privilegiado. Siglos atrás, artistas reconocidos llegaban de todas partes a disfrutar de su cielo transparente, nítido y una temperatura afinada que les permitía alimentar su ansia de arte y pensamiento. Dejaron de venir. Desaparecieron por completo. La cocina autóctona, considerada una de las mejores del mundo, quedó convertida en catálogo de productos artificiales destinados a turistas adaptables llegados de los barcos, aviones o trenes correspondientes. La arquitectura del Sanatorio siempre tuvo fama de brillante. Universal, incluso. Me refiero a la que todavía se mantiene como santo y seña de lugar de culto internacional. Al fin y al cabo, la piedra carece de pensamiento propio y lo ya construido no perturba, por ahora, el proyecto de desconexión mental propuesto por las autoridades separatistas para irnos en masa a no se sabe dónde. Lo grave y que en verdad está sufriendo un deterioro flagrante, dada la falta de ingresos malgastados en corruptelas, comisiones ilegales y propaganda partidista, son hospitales, farmacias, bibliotecas, escuelas, museos, universidades y establecimientos públicos adyacentes más parecidos, ahora, a cocheras de máquinas averiadas que a centros de salud sanitaria y de recuperación intelectual.

Al Sanatorio sus dirigentes lo han dejado en bancarrota, robado el dinero público, el nuestro, el de todos, para su particular disfrute, y la parte sobrante han determinado gastarla en propaganda fraudulenta del virus separatista contratando a tal efecto, por un valor de millones de euros, a empresas publicitarias internacionales de renombre.

Si he dicho que el Sanatorio es grande como siete pueblos, me he quedado corta. Su tamaño, visto desde el aire, medirá como mucho unos tres o cuatro milímetros de un mapamundi clásico, pero contemplado desde tierra tendrá una longitud aproximada de un millón seiscientas mil personas colocadas en forma de cadena humana de un extremo al otro. Puedo asegurar que es así porque megáfonos y artefactos televisivos del partido en el poder nos fueron atormentando durante semanas con esta visión de cabezas en posición de fila india y compostura de hurra y felicidad impostada. A mí lo que de verdad me importa son los millones de personas del Sanatorio que incumplimos las órdenes de los dirigentes y acólitos en el poder fascinados con la humorada de asaltar calle y paisaje para medir todo el territorio patrio a base de calcular el número de pies enfilados de los enfermos más obstinados y el máximo número correspondiente de cabezas humanas en su carrera del despropósito separador. Más excitados por la ventolera soldadesca que por el entusiasmo de querer no se sabe qué.

El mar. Insisto. Un mar, de azul generoso, nos abraza sin modestia mientras hace guiños de reprimenda a los invasores de costas que dejan sin reparos sus cagarrutas de edificios para que la eternidad los pudra.

Una zambullida en este mar compensa cualquier historia de amor o desamor. Lástima que la desidia bajo la que estamos encharcados apenas si nos permita tocarlo.

Familias divididas, matrimonios rotos y amigos que van dejando de serlo es otro de los regalos de la Causa delirante que nos oprime hasta la enfermedad crónica con la que se augura, moriremos.

Disponemos, sin embargo, de nuestros recursos para

continuar resistiendo. Entre ellos, un apacible estado de ánimo natural de certezas diáfanas y un atril de reunión misericorde y justo.

Los excluidos de las cornetas patrióticas cotidianas estamos solos, abandonados a nuestra suerte, pero no pasivos. Algunos de nosotros contamos con nuestros lugares de encuentro-secreto alejado del espectáculo nacionalista avasallador. El cementerio, por ejemplo, es uno de los espacios preferidos de reunión en el Sanatorio, donde por condiciones obvias, resulta más fácil hablar y respirar que en cualquiera de las librerías y centros públicos, confiscados por la Causa. Bajo el reparo de las tumbas, es poco probable que aparezca, como por encantamiento, uno cualquiera de los muñecos parlantes del todoporlapatria y tampoco suele ser lugar preferido de visitantes descuidados. Aquí conversamos sin levantar la voz buscando alguna feliz idea que permita proteger este hospital de una destrucción irreversible y devolverlo a su lugar de siempre, si ya no para nosotros, los tocados y hundidos, acaso tal vez para nuestros hijos, a quienes los dirigentes de la desconexión despojaron de toda posibilidad de recuperar la libertad democrática conseguida con tan inolvidable esfuerzo.

¿Qué es un dictador ahora?, pregunto.

Y por si a alguien se le ocurriera sospechar que los dictadores habían sido eliminados del planeta, una vez vencidas las grandes masacres mundiales de la Historia, insisto en la pregunta.

Dictador, dije, sigue siendo todo sujeto que abusa de su superioridad y se arroga el derecho de gobernar con

poderes absolutos sin someterse a la ley. Un dictador en casa. Una dictadora en la oficina. Un dictador en el Sanatorio. Un dictador emocional. Un psicópata.

Descubro a mi reducida audiencia un recorte informativo sobre el actual Papa de Roma avisando a la Humanidad de que muchos profetas y dictadores después de autoproclamarse Mesías instauraron totalitarismos que cambiaron el mundo de un modo destructivo.

¿A qué os recuerda esto?, pregunto entre las tumbas.

No te pongas ceniza, dice Estrella.

Se dedica a saltar de una sepultura a otra, micrófono en ristre, buscando la frase de la tarde. Destila optimismo por ojos y orejas y es, entre los silenciosos del grupo, la más insolente y provocadora cuando se trata de vapulear a los charlatanes y sus consignas populistas que remachan por los altavoces a ritmo de millares por día. Hemos aprendido a taparnos los oídos y evitar la intoxicación mental que nos producen gritos y bailes callejeros, además de los canales de televisión y radiodifusión de la Causa, entregados a envenenarnos día y noche a base de inyecciones de propaganda patriótica y otras terapias separadoras perversas sobre los objetivos que persiguen nuestros secuestradores. Ya saben: un convertido más a la Causa vale su precio en oro.

Dan ganas de ponerse a vomitar entre las tumbas y, por supuesto, lo hacemos varias veces por semana sin avergonzarnos de ello, si finalmente somos enfermos y, como enfermos, nos tratan nuestros raptos y sus agentes sanitarios; así que seguimos vomitando entre las tumbas como medida de seguridad interior, mientras Estrella se ocupa de baldear nuestras vomitonas haciendo con ellas unos trofeos de guerra variopintos que cuelga en la red,

dando por hecho que estos gritos de auxilio, llamados vómitos, son mensajes metidos en una botella con destino inútil, lo que tampoco le importa ni le impide llamar hijo-deputa al representante de la Justicia superior del gran Sanatorio responsable de propulsar leyes aberrantes contra el derecho al aborto; por ejemplo, cuando desde muchos años atrás, vencida otra dictadura hostil, este asunto de la legalidad del aborto estaba democráticamente solucionado. Y punto.

Estrella es de las que no se acobarda cuando le escribe a bocajarro al representante de la llamada Justicia del Sanatorio y le espeta, el do de pecho siguiente:

No te tires a más mujeres y sé fiel a la tuya que sabemos que no lo eres y deja que las mujeres hagan con sus cuerpos lo que les dé la real gana como han hecho cientos de conocidas tuyas y quién sabe si tu misma mujer-esposa cuando iban a abortar a Londres y luego a confesarse por haber abortado y de nuevo a abortar a Holanda para acto seguido volver a confesarse de haber abortado y viva la hipocresía que da asco y pena mientras nos siga gobernando la reina hipocresía a la derecha y a la izquierda así que en una palabra la ley está hecha para los ricos y los pobres que se jodan.

Y los puntos en las frases de Estrella son tan inexistentes como su sueño de que este virus patriótico se vaya a extinguir un día, por eso dice que habla desacralizando discurso, territorio, argumento, y que escribe, dice, en una jerigonza de sacristana pecadora pues a decir verdad, y esto es también terrible, nos han secuestrado la lengua y encadenado el lenguaje a un silencio verboso, lo que significa que para comunicarnos los callados nos vemos obligados a devolver el habla a cualquier otro lugar donde no